

Los fundadores de las capitales

de las tres Repúblicas del Plata



Ires figuras destacan en la conquista y colonización del Río de la Plata: Domingo Martínez de Irala, Juan de Garay y Bruno Mauricio de Zabala.

Los tres guerreros han dejado sus nombres imperecederamente vinculados á tres hechos culminantes en la historia de esta parte del continente americano: la fundación de la Asunción, Buenos Aires y Montevideo, ciudades capitales de las Repúblicas del Plata, que glorifican y perpetúan sus nombres á través de los tiempos y las generaciones.

El primero nació en Guipúzcoa y los otros dos en Vizcaya la heroica.

Pertenecían, pues, á las batalladoras provincias vascas, célebres por sus seculares hazañas contra los bárbaros del norte y los romanos, contra Reciarío, Eurico, Childeberto, Miro, Bladastes, Leovigildo, Austrobaldo, Recaredo, Teodorico y Teodoberto.

Corría por sus venas sangre de héroes, y traían á la vida con él orgullo y la altivez heredadas de varias generaciones de combatientes coronados por la victoria, la arrogancia inspirada por los tradicionales fueros del Señorío de Vizcaya.

Irala y Garay llegaron á América, humildes y desconocidos.

Ruy Díaz y Lozano afirman que el primero figuraba entre los más esforzados capitanes de D. Pedro de Mendoza, pero ello no resulta de

los documentos la época, en los cuáles sólo aparece como uno de los tantos expedicionarios que acompañaron al fundador de Buenos Aires.

Apenas catorce años tenía Garay cuando su tío, el licenciado D. Pedro Ortiz de Zárate propuso á sus padres traerlo á América.

Zabala era una gloria de su patria al recibir el nombramiento de gobernador y capitán general de Buenos Aires.

Había luchado en Flandes, Namur, Gibraltar, San Mateo, Zaragoza y Alcántara.

En Lérida un proyectil le había destrozado un brazo. Era mariscal de campo y caballero de la Orden de Calatrava.

Obscuro expedicionario el uno; niño valeroso el otro; personalidad descollante el último, los tres poseían, notablemente acentuadas, las nobles cualidades que distinguían y distinguen á los pueblos de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava.

Llegaron á la cumbre por mérito propio, y señalaron, con obras inmortales, la huella de su paso.

Combatieron contra la barbarie á objeto, únicamente de dominarla, y luego se entregaron, impulsados por elevados ideales, á la transcendental tarea de poblar y civilizar las tierras fecundas y desiertas de América.

Irala, después de la muerte de Ayolas en 1539, regresó desde el puerto de la Candelaria á la Asunción en cuyo sitio, previa una asamblea de capitanes y oficiales reales, en la cual fué elegido unánimemente gobernador interino, resolvió dar asiento al gobierno, nombró funcionarios públicos, mandó practicar la elección de alcaldes ordinarios, regidores y demás ministros inferiores; estableció una guardia policial, ordenó la despoblación de Buenos y con los 600 hombres restantes de la famosa expedición de Mendoza, delineó la ciudad, repartió tierras, construyó un templo, hizo lejanas y provechosas expediciones, estableció el sistema de encomiendas, fundó pueblos y dominó á los indígenas.

Garay, obsesionado por la hermosa y transcendental idea de «abrir puertas á la tierra» fundó en 1573 la ciudad de Santa Fé de la Vera Cruz y en 1580 la ciudad de Buenos Aires.

Lo he dicho en otra circunstancia y es el caso de repetirlo la figura de Garay crece en los tiempos.

Cumplió su destino, el inmortal guerrero con la modestia que caracterizó toda su vida.

Ascendió lentamente, por el propio esfuerzo.

Se impuso día por día, hora por hora, luchando heroicamente en el campo de batalla, realizando extraordinarias proezas cuando la saña del salvaje le obligó á ello; benigno, laborioso, reposado y previsor en la tarea obscura pero fecunda del gobierno, realizado sin contralor, en tierras desconocidas, con precarios elementos, venciendo dificultades que se antojan quiméricas, tan grandes son y tan insuperables parecen!

Zabala reprodujo los rasgos de heroísmo que le dieran fama en Europa, combatiendo en desiguales condiciones con el corsario Moreau.

Luchó con él en la costa uruguaya, capturó dos buques, desalojó al enemigo, construyó el fuerte de San José y fundó el 30 de Enero de 1726, bajo la advocación de San Felipe y Santiago, la ciudad de Montevideo.

Sus empresas militares son tan dignas de admiración como sus obras de gobernante; fomentó la población de Montevideo, declaró hidalgos y personas de noble linaje y solar conocido á los pobladores y á sus descendientes; propendió al transporte de valiosos elementos de Buenos Aires y aseguró la existencia y el desenvolvimiento de la ciudad, con medidas tan previsoras como eficaces.

De los tres guerreros el más grande, es, sin duda, don Juan de Garay.

Irala cumplió su plausible labor metódicamente y con ejemplar perseverancia y tacto.

Según Azara «aventaja á todos los conquistadores en que redujo y civilizó un país bárbaro en sumo grado, dictándole leyes las más humanas, sabias y políticas».

Para mí, Garay tuvo ideales más elevados, vistas más largas, horizontes más amplios.

Su sueño de «abrir puertas á la tierra», de fundar ciudades en parajes abandonados y desiertos, su plan de poblar el Sur cuando todas las miradas se dirigían al Norte, su acción de militar y gobernante, lo colocan, á mi juicio, por encima de Irala y de Zabala.

Si Garay fué, hasta ha poco, una personalidad secundaria, es hora de elevarlo á la categoría que merece por sus hechos y su asombrosa visión del porvenir.

El nombre de Zabala brilla con luz propia en las páginas de la historia de América.

Sintetizando cuanto he consignado en estas breves líneas: los tres

fundadores de las ciudades capitales de las Repúblicas del Plata, sobresalen en el pasado por su acción y por sus obras; los tres tienen rasgos comunes: abnegación, valor, nobleza, altura de miras, acrisolada honradez, perseverancia y bondad.

Honrarlos, importa dignificar nuestro abolengo, cumplir un deber de gratitud; recordar á las nuevas generaciones las glorias del pasado; disipar errores y prejuicios.

Exaltar sus virtudes y sus méritos equivale á exaltar las virtudes y los méritos de una raza enérgica y tenaz, que desde lejanos tiempos no ha cesado de prestar á la vida de estos países el concurso de su inteligencia y de su fuerza, brillando en todos los campos; raza incorporada á nuestra existencia cual savia fecunda y generosa, raza que pobló nuestros desiertos é improvisó nuestras ciudades en el pasado, que triunfa hoy en las distintas esferas de la actividad nacional y que nos dará su impulso en el porvenir para cumplir la grande, bella y transcendental misión señalada por el destino á la República Argentina.

JOSÉ LUIS CANTILLO.

